

da, que hasta ahora pienso que si me hubiera cogido, me mata sin duda alguna; pero quiso Dios darme valor para correr, y en cuatro brincos me puse cuatro cuabras lejos de su furor. Porque eso sí tenía; yo, á las en los piés cuando me amenazaba algun peligro, y me daban lugar para la fuga.

En lo intempestivo se pareció ésta mi salida á la de la casa de Chanfaina; pero en lo demás fué peor, porque de aquí salí á la carrera, sin sombrero, bañado y chamuscado.

Así me hallé como á las once de la mañana por el paseo que llaman de la Tlaxpana. Estúveme en el sol esperando se me secara mi pobre ropa, que cada dia iba de mal en peor como que no tenia relevo.

A las tres de la tarde ya estaba enteramente seca, enjuta, y yo mal acondicionado porque me afligia el hambre con todas sus fuerzas: algunas ampollas se me habian levantado por la travesura de la vieja: los zapatos como que estaban tan maltratados con el tiempo que se tenian en mis piés por mero cumplimiento, me abandonaron en la carrera, yo que ví la diabólica figura que hacia sin ellos á causa de que las medias medias descubrieron toda la suciedad y flecos de las soletas, me las quité y no teniendo donde guardarlas, las tiré quedándome descalzo de pié y pierna: y para colmo de mi desgracia me urgía demasiado el miedo al pensar en donde pasaria la noche sin atreverme á decidir entre si me quedaria en el campo ó me volveria á la ciudad, pues por todas partes hallaba insuperables embarazos. En el campo temia el hambre, las inclemencias del tiempo y la lobreguez de la noche; y en la ciudad temia la cárcel, y un mal encuentro con Chanfaina ó el maestro barbero; pero por fin, á las oraciones de la noche venció el miedo de esta parte, y me volví á a ciudad.

A las ocho estaba yo en el portal de las Flores, muerto de hambre, la que se aumentaba con el ejercicio que hacia con tanto andar. No tenia en el cuerpo cosa que valiera mas que una medallita de plata que habia comprado en cinco reales

cuando estaba en la barbería: me costó mucho trabajo venderla á esas horas; pero por último, hallé quien me diera por ella dos y medio, de los que gasté un real en cenar y medio en cigarrros.

Alentado mi estómago, solo restaba determinar donde quedarme. Andaba yo calles y mas calles sin saber en donde recogerme, hasta que pasando por el meson del Angel oi sonar las bolas del truco y acordándome del *arrastraderito* de Juan Largo, dije entre mí: no hay remedio, un realillo tengo en la bolsa para el coime: aquí me quedo esta noche, y diciendolo y haciendo me metí en el truco.

Todos me miraban con la mayor atencion, no por lo traipiento, que otros habia allí peores que yó, sino por lo ridículo, pues estaba descalzo enteramente: calzones blancos no los conocia: los de encima eran negros de terna, parchados y agugerados: mi canisa despues de rota estaba casi negra de mugre, mi chupa era de angaripola rota y con tamaños florones colorados: el sombrero se quedó en casa, y despues de tantas guapezas tenia la cara algo extravagante, pues la tenia ampollada y los ojos medio escondidos dentro de las vejigas que me hizo el agua hirviendo.

No era mucho que todos notaran tan extraña figura; mas á mí no se me dió nada de su atencion, y hubiera sufrido algun véjamen á trueque de no quedarme en la calle.

Dieron las nueve: acabaron de jugar y se fueron saliendo todos, menos yo que luego, luego me comedí á apagar las velas, lo que no le disgustó al coime, quien me dijo: amiguito, Dios se lo pague; pero ya es tarde y voy á cerrar, váyase vd. Señor, le dije: no tengo donde quedarme, hágame vd. favor de que pase la noche aquí en un banco, le daré un real que tengo, y si mas tuviera mas le diera.

Ya hemos dicho que en todas partes, en todos ejercicios y destinos se ven hombres buenos y malos, y así no se hará novedad de que en un truco y en clase de coime, fuera este de quien

hablo un hombre de bien y sensible. Así lo experimenté, pues me dijo: guarde vd. su real, amigo, y quédese norabuena. ¡Ya cenó? Si señor, le respondí.—Pues yo también. Vámonos á acostar. Sacó un zarape, me lo prestó y mientras nos desnudamos quiso informarse de quien era yo y del motivo de haber ido allí tan derrotado. Yo le conté mil lástimas con tres mil mentiras en un instante, de modo que se compadeció de mí, y me prometió que hablaría á un amigo boticario que no tenia mozo, á ver si me acomodaba en su casa. Yo acepté el favor, le dí las gracias por él y nos dormimos.

A la siguiente mañana, á pesar de mi flojera, me levanté primero que el coime, barrí, sacudí é hice cuanto pude por grangearlo. El se pagó de esto, y me dijo: voy á ver al boticario; pero ¿qué haremos de sombrero? Pues en esas trazas que vd. tiene está muy sospechoso. Yo no sé que haré, le dije: porque no tengo mas que un real y con tan poco no se ha de hallar; pero mientras que vd. me hace favor de ver á ese señor boticario, ya vuelvo.

Dicho esto me fuí, me desayuné y en un zaguan me quité la chupa y la ferí en el baratillo por el primer sombrero que me dieron, quedándome el escrúpulo de haber engañado á su dueño. Es verdad que el dicho sombrero no pasaba de un *chilaquil* aderezado; y donde á mí me pareció que habia salido ventajoso ¿qué tal estaria la chupa? Ello es que al tiempo del trueque me acordé de aquel versito viejo de

Casó Montalvo en Segovia  
Siendo cojo, tuerto y calvo,  
Y engañaron á Montalvo:  
Pues ¿qué tal seria la novia?

Contentísimo con mi sombrero y de verme disfrazado con mis propios *tiliches*, convertido del hijo de D. Pedro Sarmiento en mozo alquilon, partí á buscar al coime mi protector,

quien me dijo que todo estaba listo; pero que aquella camisa parecia sudadero, que fuera á lavarla á la acequia y á las doce me llevaria al acomodo, porque la pobreza era una cosa y la porqueria otra: que aquella provocaba á lástima y esta á desprecio y asco de la persona; y por fin, que me acordara del refran que dice: como te veo te juzgo.

No me pareció malo el consejo, y así lo puse en práctica al momento. Compré cuartilla de jabon y cuartilla de tortillas con chile que me almorcé para tener fuerzas para lavar: me fuí al *Pipis*. \* me pelé mi camisa y la lavé.

No tardó nada en secarse porque estaba muy delgada y el sol era como lo apetecen las lavanderas los sábados. En cuanto la ví seca la espulgué y me la puse, volviéndome con toda presteza al meson, pues ya no veía la hora de acomodarme; no porque me gustaba trabajar, sino porque la necesidad tiene cara de herege, dice el refran, y yo digo de pobre, que suele parecer peor que de herege.

Así que el coime me vió limpio se alegró y me dijo: vea vd. como ahora parece otra cosa. Vamos.

Llegamos á la botica que estaba cerca, me presentó al amo, quien me hizo veinte preguntas, á las que contesté á su satisfaccion, y me quedé en la casa con salario asignado de cuatro pesos mensuales y plato.

Permanecí dos meses en clase de mozo, moliendo palos, desollando culebras, atizando el fuego, haciendo mandados y ayudando en cuanto se ofrecia y me mandaban, á satisfaccion del amo y del oficial.

Luego que tuve juntos ocho pesos, compré medias, zapatos, chaleco, chupa y pañuelo; todo del baratillo, pero servible. Lo traje á la casa ocultamente, y á otro dia que fué domingo me puse hecho un veinticuatro.

No me conocia el amo, y alegrándose de mi metamorfosis,

\* Un recodo que al lado de un puente hace la acequia principal por el barrio de S. Pablo, donde sin pagar se lavan los muy pobres.—E.

decía al oficial: vea vd. se conoce que este pobre muchacho es hijo de buenos padres y que no se crió de mozo de botica. Así se hace, hijo, manifestar uno siempre sus buenos principios, aunque sea pobre, y una de las cosas en que se conoce el hombre que los ha tenido buenos, es que no le gusta andar roto ni sucio. ¿Sabes escribir? Si señor, le respondí.— A ver tu letra, dijo; escribe aquí.

Yo por pedantear un poco y confirmar al amo en el buen concepto que había formado de mí, escribí lo siguiente.

*Qui scribere nesciunt nullum putant esse laborem.  
Tres digiti scribunt, cætera membra dolent.*

¡Ola! Dijo mi amo todo admirado: escribe bien el muchacho y en latin. ¿Pues qué entiendes tú lo que has escrito? Sí, señor, le dije: eso dice „que los que no saben escribir, piensan que no es trabajo; pero que mientras tres dedos escriben se incomoda todo el cuerpo.” Muy bien dijo el amo. Segun eso, sabrás qué significa el rótulo de esa redoma. Dímelo. Yo leí *Oleum vitellorum ovorum*, y dije: Aceite de yema de huevos. Así es, dijo D. Nicolás, y poniéndome botes, frascos, redomas y cajones, me siguió preguntando: ¿y aquí qué dice? Yo segun él me preguntaba, respondia: *Oleum escorpionum*. Aceite de alacranes.... *Aqua menthae*. Agua de yerva buena.... *Aqua petrocelini*.... Agua de peregil.... *Sirupus pomorum*.... Jarave de manzanas.... *Unguentum cucurbitae*.... Ungüento de calabaza.... *Elixir*.... Basta, dijo el amo; y volviéndose al oficial le decia: qué dice vd. D. José, ¿no es lástima que este pobre muchacho esté de mozo pudiendo estar de aprendiz con tanto como tiene adelantado? Si señor, respondió el oficial, y continuó el amo hablando conmigo: pues bien, hijo, ya desde hoy eres aprendiz: aquí te estarás con D. José y entrarás con él al laboratorio para que aprendas á trabajar, aunque ya algo sabes por lo que has visto. Aquí está la Farmacopéa de Pa-

lacios, la de Fuller y la Matritense: está tambien el curso de Botánica de Linneo y ese otro de Química. Estudia todo esto y aplicate, que en tu salud lo hallarás.

Yo le agradecí el ascenso que me había dado subiéndome de mozo de servicio á aprendiz de botica; y el diferente trato que me daba el oficial, pues desde ese momento ya no me decia Pedro á secas sino D. Pedro; mas entonces yo no paré la consideracion en lo que puede un exterior decente en este mundo borracho, pero ahora sí. Cuando estaba vestido de mozo ó criado ordinario nadie se metió á indagar mi nacimiento, ni mi habilidad; pero en cuanto estuve medio aderezado, se me examinó de todo y se me distinguió en el trato. ¡Ah vanidad, y como haces prevaricar á los mortales! Unas aventuras me sucedian bien y otras mal, siendo el mismo individuo, solo por la diferencia del trage. ¿A cuantos pasa lo mismo en este mundo? Si están decentes, si tienen brillo, si gozan proporciones, los juzgan, ó á lo menos los lisongean por sábios, nobles y honrados, aun cuando todo les falte; pero si están de capa caida, si son pobres y á mas de pobres trapientos, los reputan y desprecian como pleveyos, pícaros é ignorantes, aun cuando aquella miseria sea efecto tal vez de la misma nobleza, sabiduría y bondad de aquellas gentes. ¿Qué hiciéramos para que los hombres no fijaran su opinion en lo exterior ni graduaran el mérito del hombre por su fortuna?

Mas estas sérias reflexiones las hago ahora: entonces me vanaglorié de la mudanza de mi suerte, y me contenté demasiado con el rumboso título de aprendiz de botica sin saber el comun refrancillo que cice: *Estudiante perdulario, sacristan ó boticario*.

Sin embargo, en nada menos pensé que en aplicarme al estudio de Química y Botánica. Mi estudio se redujo á hacer algunos menjures, á aprender algunos términos técnicos, y á agilítarme en el despacho; pero como era tan buen hipócrita,

me grangié la confianza y cariño del oficial (pues mi amo no estaba mucho en la botica), y tanto que á los seis meses ya yo le ayudaba tambien á D. José que tenia lugar de pasear y aun de irse á dormir á la calle.

Desde entonces ó tres meses antes se me asignaron ocho pesos cada mes, y yo hubiera salido oficial como muchos si un accidente no me hubiera sacado de la casa. Pero antes de referir esta aventura es menester imponeros en algunas circunstancias.

Habia en aquella época en esta capital un médico viejo á quien llamaban por mal nombre el Dr. Purgante, porque á todos los enfermos decía que facilitaba la curacion con un purgante.

Era este pobre viejo buen cristiano, pero mal médico y sistemático, y no adherido á Hipócrates, Avicena, Galeno y Averroes, sino á su capricho. Creia que toda enfermedad no podia provenir sino de abundancia de humor pecante; y así pensaba que con evacuar este humor se quitaba la causa de la enfermedad. Pudiera haberse desengañado á costa de algunas víctimas que sacrificó en las aras de su ignorancia; pero jamás pensó que era hombre: se creyó incapaz de engañarse, y así obraba mal; mas obraba con conciencia errónea. Sobre si este error era ó no vencible, dejémoslo á los moralistas; aunque yo para mí tengo que el médico que yerra por no preguntar ó consultar con los médicos sabios por vanidad ó capricho peca mortalmente, pues sin esa vanidad ó ese capricho pudiera salir de mil errores, y de consiguiente ahorrarse de un millon de responsabilidades, pues un error puede causar mil desaciertos.

Sea en esto lo que deba ser en conciencia, este médico estaba igualado con mi maestro. Esto es: mi maestro D. Nicolás enviaba cuantos enfermos podia al Dr. Purgante y este dirigia á todos sus enfermos á nuestra botica. El primero de-

cia, que no habia mejor médico que el dicho viejo, y el segundo decia, que no habia mejor botica que la nuestra, y así unos y otros haciamos muy bien nuestro negocio. La lástima es que este caso no sea fingido sino que tenga un sin fin de originales.

El dicho médico me conocia muy bien como que todas las noches iba á la botica, se habia enamorado de mi letra y genio (porque cuando yo queria era capaz de engañar al demonio) y no faltó ocasion en que me dijera: hijo, cuando te salgas de aquí avísame, que en casa no te faltará que comer ni que vestir. Quería el viejo poner botica y pensaba tener en mí un oficial instruido y barato.

Yo le dí las gracias por su favor, prometiéndole admitirlo siempre que me descompusiera con el amo, pues por entonces no tenia motivo de dejarlo.

En efecto, yo me pasaba una vida famosa y tal cual la pue- de apetecer un flojo. Mi obligacion era mandar por la mañana al mozo que barriera la botica, llenar las redomas de las aguas que faltáran, y tener cuidado de que hubiera provision de éstas destiladas ó por infusion: pero de esto no se me daba un pito, porque el pozo me sacaba del cuidado, de suerte que yo decia: en distinguiéndose los letreros aunque el agua sea la misma poco importa, ¿quién lo ha de echar de ver? El médico que las receta quizá no las conoce sino por el nombre, y el enfermo que las toma las conoce menos y casi siempre tiene perdido el sabor, conque esta droga va segura. A mas de que ¿quién quita que ó por la ignorancia del médico ó por la mala calidad de las yerbas, sea nociva una bebida mas que si fuera con agua natural? Conque poco importa que todas las bebidas se hagan con ésta; antes el refran nos dice: que al que es de vida el agua le es medicina.

No dejaba de hacer lo mismo con los aceites, especialmente cuando eran de un color, así como los jarabes. Ello es que el

*quid pro quo*, ó despachar una cosa por otra juzgándola igual ó equivalente, tenia mucho lugar en mi conciencia y en mi práctica.

Estos eran mis muchos quehaceres y confeccionar unguentos, polvos y demás drogas segun las órdenes de D. José quien me queria mucho por mi eficacia.

No tardé en instruirme medianamente en el despacho, pues entendia las recetas, sabia donde estaban los géneros y el arancel lo tenia en la boca como todos los boticarios. Si ellos dicen, esta receta vale tanto, ¿quién les va á averiguar el costo que tiene, ni si piden ó no contra justicia? No queda mas recurso á los pobres que suplicarles hagan alguna baja: si no quieren van á otra botica, y á otra y á otra, y si en todas les piden lo mismo, no hay mas que endrogarse y sacrificarse, porque su enfermo les interesa y están persuadidos á que con aquel remedio sanará. Los malos boticarios conocen esto y se hacen del rogar grandemente, esto es cuando no se mantienen inexorables.

Otro abuso perniciosísimo habia en la botica en que yo estaba, y es comunísimo en todas las demás. Este es que así que se sabia que se escaseaba alguna droga en otras partes, la encarecia D. José hasta el extremo de no dar medios de ella, sino de reales arriba: siguiéndose de este abuso (que podemos llamar codicia sin el menor respeto) que el miserable que no tenia mas que medio real y necesitaba para curarse un pedacito de aquella droga, supongamos alcanfor, no lo conseguia con D. José ni por Dios ni por sus Santos, como si no se pudiera dar por medio ó cuartilla la mitad ó cuarta parte de lo que se dá por un real por pequeña que fuera. Lo peor es que hay muchos boticarios del modo de pensar de D. José. ¡Gracias á la indolencia del proto-medicato\* que los tolera!

\* Así se llamaba un tribunal especial compuesto de doctores en medicina que conocia en los negocios de su facultad.—E.

En fin, este era mi quehacer de día. De noche tenia mayor desahogo: porque el amo iba un rato por las mañanas, recogia la venta del día anterior, y ya no volvia para nada. El oficial en esta confianza, luego que me vió apto para el despacho, á las siete de la noche tomaba su capa y se iba á cumplimentar á su madama; aunque tenia cuidado de estar muy temprano en la botica.

Con esta libertad estaba yo en mis glorias; pues solian ir á visitarme algunos amigos que de repente se hicieron míos, y merendábamos alegres, y á veces jugábamos nuestros alburitos de á dos, tres y cuatro reales, todo á costa del cajon de las monedas, contra quien tenia libranza abierta.

Así pasé algunos meses, y al cabo de ellos se le puso al amo hacer balance, y halló que aunque no habia pérdida de consideracion, porque pocos boticarios se pierden, sin embargo, la utilidad apenas era perceptible.

No dejó de asustarse D. Nicolas al advertir el demérito, y reconviniedo á D. José por él, satisfizo éste diciendo, que el año habia sido muy sano, y que años semejantes eran funestos ó á lo menos de poco provecho para médicos, boticarios y curas.

No se dió por contento el amo con esta respuesta, y con un semblante bien serio le dijo: en otra cosa debe consistir el demérito de mi casa, que no en las templadas estaciones del año; porque en el mejor no faltan enfermedades ni muertos.

Desde aquel dia comenzó á vernos con desconfianza y á no faltar de su casa muchas horas, y dentro de poco tiempo volvió á recobrar el crédito la botica como que habia mas eficacia en el despacho: el cajon padecia menos evacuaciones y él no se iba hasta la noche que se llevaba la venta. Cuando algun amigo lo convidaba á algun paseo, se excusaba diciéndole, que agradecia su favor; pero que no podia abandonar las

atenciones de su casa, y que quien tiene tienda es fuerza que la atienda.

Con este método nos aburrió breve, porque el oficial no podía pasear ni el aprendiz merendar, jugar ni holgarse de noche.

En este tiempo por no sé qué trabacuentas se disgustó mi amo con el médico y deshizo la iguala y la amistad enteramente. ¡Qué verdad es que las mas amistades se enlazan con los intereses! Por eso son tan pocas las que hay ciertas.

Ya pensaba en salirme de la casa porque ya me enfadaba la sujecion y el poco manejo que tenia en el cajon, pues á la vista del amo no lo podia tratar con la confianza que antes; pero me detenia el no tener donde establecerme ni que comer saliéndome de ella.

En uno de los dias de mi indeterminacion sucedió que me metí á despachar una receta, que pedia una pequeña dosis de magnesia. Eché el agua en la botella, y el jarabe, y por coger el bote donde estaba la magnesia, cogí el en donde estaba el arsénico, y le mezclé su dosis competente. El triste enfermo, segun supe despues, se la echó á pechos con la mayor confianza, y las mugeres de su casa le revolvian los asientos del vaso con el cabo de la cuchara diciéndole, que los tomara, que los polvitos eran lo mas saludable.

Comenzaron los tales polvos á hacer su operacion, y el infeliz enfermo á rabiarse acosado de unos dolores infernales que le despedazaban las entrañas. Alborotóse la casa, llamaron al médico, que no era lerdo, dijéronle que al punto que tomó la bebida que habia ordenado, habia empezado con aquellas ansias y dolores. Entonces pide el médico la receta, la guarda, hace traer la botella y el vaso que aun tenia polvos asentados: los ve, los prueba y grita lleno de susto: al enfermo lo han envenenado: ésta no es magnesia sino arsénico; que traigan aceite y leche tibia, pero, mucha y pronto.

Se trajo todo al instante, y con estos y otros auxilios, diz-

que se alivió el enfermo. Así que lo vió fuera de peligro preguntó de qué botica se habia traído la bebida. Se lo dijeron y dió parte al protomedicato, manifestando su receta, el mozo que fué á la botica y la botella y vaso como testigos fidedignos de mi atolondramiento.

Los jueces comisionaron á otro médico; y acompañado del escribano fué á casa de mi amo, quien se sorprendió con semejantes visitas.

El comisionado y el escribano breve y sumariamente sustanciaron el proceso, como que yo estaba confeso y convicto. Querian llevarme á la cárcel, pero informados de que no era oficial, sino un aprendiz bisoño, me dejaron en paz cargando á mi amo toda la culpa, de la que sufrió por pena la exhibicion de doscientos pesos de multa en el acto, con apercibimiento de embargo caso de dilacion: notificándole el comisionado de parte del tribunal y bajo pena de cerrarle la botica, que no tuviera otra vez aprendices en el despacho, pues lo que acababa de suceder no era la primera ni seria la última desgracia que se llorara por los aturdimientos de semejantes despachadores.

No hubo remedio: el pobre de mi amo subió en el coche con aquellos señores, poniéndome una cara de herrero mal pagado, y mirándome con bastante indignacion, dijo al cochero que fuera para su casa, donde debia entregar la multa.

Yo, apenas se alejó el coche un poco, entré á la tras-botica, saqué un capotillo que ya tenia y mi sombrero, y le dije al oficial: D. José, yo me voy, porque si el amo me halla aquí me mata. Dele vd. las gracias por el bien que me ha hecho, y dígame que perdone esta diablura que fué un mero accidente.

Ninguna persuacion del oficial fué bastante á detenerme. Me fuí acelerando el paso, sintiendo mi desgracia y consolándome con que á lo ménos habia salido mejor que de casa de Chanfaina y de D. Agustin.

En fin, quedándome hoy en este truco, y mañana en el otro

pasé veinte días, hasta que me quedé sin capote ni chaqueta; y por no volverme á ver descalzo y en peor estado, determiné ir á servir de cualquier cosa al Dr. Purgante, quien me recibió muy bien, como se dirá en el capítulo primero del siguiente tomo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



# INDICE

DE LO

## CONTENIDO EN ESTE SEGUNDO TOMO.

PRÓLOGO EN TRAGE DE CUENTO.....	III
Cap. I. <i>Escribe Periquillo la muerte de su madre, con otras cosillas no del todo desagradables.....</i>	1
Cap. II. <i>Solo, pobre y desamparado Periquillo de sus parientes, encuentra con Juan Largo, y por su persuacion abraza la carrera de los pillos en clase de cócora de los juegos.....</i>	21
Cap. III. <i>Prosigue Periquillo contando sus trabajos y sus bonanzas de jugador. Hace una seria crítica del juego, y le sucede una aventura peligrosa que por poco no la cuenta.....</i>	39
Cap. IV. <i>Vuelve en sí Perico en el hospital. Crítica los abusos de muchos de ellos. Visítalo Januario. Convalence. Sale á la calle. Refiere sus trabajos. Indúcelo su maestro á ladrón, él se resiste y discuten los dos sobre el robo.....</i>	56
Cap. V. <i>En el que nuestro autor refiere su prision, el buen encuentro de un amigo que tuvo en ella, y la historia de éste.....</i>	74
Cap. VI. <i>Cuenta Periquillo lo que le pasó con el escribano, y D. Antonio continúa contándole su historia.....</i>	92
Cap. VII. <i>Cuenta Periquillo la pesada burla que le hicieron los presos en el calabozo, y D. Antonio concluye su historia.....</i>	109
Cap. VIII. <i>Sale D. Antonio de la cárcel, entrégase Periquillo á la amistad de los tunos sus compañeros, y lan-</i>	